

“Reconocer va caminando” En la compañía infinita de José Lezama Lima

Laurence Breysse-Chanet

En 1986, en la Casa del Libro de Madrid, en las estanterías colgadas entonces arriba del todo, casi del aire, donde estaban los libros de poesía –y han vuelto a estar, tras paso por vivencia escondida detrás de las novelas románticas, así la vida secreta, resistente e inextinguible del poema–, pues *vi* entonces, como Arnaldos cuando se le apareció la galera del marinero, un libro de cubierta extraña, de azul claro, vivo, con dibujo de pulpo inaudito, entre palabras que decían POESÍA COMPLETA por encima, y por debajo, JOSÉ LEZAMA LIMA.

Un impulso hondo, ciego, se posesionó de mí –ya era tener el libro entre las manos, y desde entonces, la imantación inexplicable no cesó. Es más, no dejó de intensificarse paulatinamente, hasta llevarme ya dos veces a La Habana, desde la fuerza de la *aguja de diversos* –quizá la cifra de las leyes inexplicables de la poesía, que son leyes sin leyes.

“Los poemas son regalos que nos llevan destino”, decía Paul Celan. José Lezama Lima duerme sus secretos, ocultos entre las pausas de sus poemas. El rey duerme, no murió sino que desapareció, evaporado y regresado, pues sabemos que “la tumba natural de un rey es la línea del horizonte”.

Desde la rue Gay-Lussac que me resulta tan familiar por ser la sede del Instituto de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos donde trabajo, al lado del Hôtel Gay-Lussac –ya mítico para nosotros, si acoge a Oppiano Licario durante su estancia en París–, desde las altas paredes de los edificios en piedra de sillería, más de una vez lancé los ojos hacia las ventanas, como la “petit [*sic*] Louise” de *Fragmentos a su imán*. Invirtiendo el sentido de la mirada de Foción, tuve la certidumbre, inexplicable y cierta, de encontrar en ellas un espejo donde vislumbraba unos brillos, a lo mejor los de la Bahía de La Habana. Fue pasar del cuarto al acantilado, y cómo hacerlo sino por el oído, desde “la avidéz de la oreja tensa del gamo²” si

El ciervo mientras duerme, mueve una y otra oreja, sutilísimo para apoderarse de los rumores enterrados en el aire³.

El oído es el sentido que vincula al origen, a la energía, la acogida y el amor⁴. Por el oído, llegué a la poesía de José Lezama Lima, pues como nadie, me regaló lo que buscamos en los poemas, “una voz que le prestó el centro de su aliento⁵” –una voz tan generosa que en su entender no entendiendo, “la lejanía se resuelve” y en el *cuadrado* del poema, se nos regala de una vez y para siempre, en su enigma, la *casa de la nieve*: la otra casa, la casa del otro y de lo otro, desde y para la vida revelada y fundada por el que supo ser el *dador*:

1. LEZAMA LIMA, José, “Las imágenes posibles”, *Esferaimagen. Sierpe de Don Luis de Góngora. Las imágenes posibles*, ed. José Agustín Goytisolo, 1ª ed. 1970, Barcelona, Tusquets, Cuadernos Marginales 4, 1979, pág. 60.

2. *Id.*, *Paradiso*, ed. Eloísa Lezama Lima, Madrid, Cátedra, 2006, pág. 309.

3. *Id.*, *Cuaderno de apuntes, La posibilidad infinita*, Archivo de José Lezama Lima, intr. transcripción, sel. y notas GONZÁLEZ CRUZ, Iván, Madrid, Verbum, 2000, pág. 136.

4. FINCK, Michèle, *Poésie moderne et musique “Vorrei e non vorrei” Essai de poétique du son*, París, Honoré Champion, 2004, p. 113.

5. Para facilitar la lectura, cito en mi texto las páginas de los poemas de José LEZAMA LIMA por *Poesía completa*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1985. *op. cit.*, pág. 383.

*Ay, nuestro cuerpo a horcajadas en otras imágenes,
que no eran para él, oscuro y musical impedimento
penetra en la desolación, el soplo que transfigura a la hoja no es el que
recibirá como terror*⁶.

En nuestra modernidad, la poesía se hizo poesía de la resonancia, invención de una interioridad resonante, escucha de *lo inaudible*⁷. El poema es tacto de lo intangible, construcción de un espacio poético que suene como una catedral de hojas, por sus bóvedas levantadas sobre el vacío, para un *nacimiento del día*:

*El otorgamiento es la medida del secuestro,
aquello que fue como un regalo de la melodía,
fue como una suspensión en medianoche*⁸.

Desde mi lejanía resonante, consciente de mi responsabilidad de eslabón modesto en la extensa cadena del ancla de la poesía, tan agradecida por la invitación a la inauguración del Aula Lezama en su Habana amada, tengo la impresión de que con generosidad infinita, me regalan ustedes *lunar de contraseña*. ¿Qué lunar recobrar entonces *de la nieve*? Como poeta francesa, crítica y traductora de poesía, ¿qué podía ofrecerles, y ofrecerle yo a quien, nunca ausente, desde décadas nos brinda incesante la “sobrereabundancia” de su imagen, que hace que

el destino sentencioso
comienza a sustantivarse como música en la intemporalidad⁹?

De hecho, cuánta vida en aquel *rallentando* inconfundible, cuando al final se alza la voz, en la emergencia feliz de una melancolía musical luminosa, que deslumbra, porque –aunque parezca laberíntica–, flecha sin blanco nos va guiando, sin abandonarnos nunca: en su “materia concluyente, no problemática¹⁰”. Pues si avanza borrándose para alcanzar lo invisible, la poesía de Lezama se funda en el cuerpo viviente¹¹ de una voz –tan viva que ofrece el milagro de la vida resurrecta, que asimismo llega a ser para su lector “la última de las historias posibles¹²”.

Nos sentimos invitados a entrar con los “cuatro absortos” “en el centro del círculo”, en la espera del último momento del rito de los ritos, cuando las losas se hacen “cristal oscilante”, y aparece entonces “el rostro del ausente” –ya no tanto para nosotros el Coronel como “el dios de las resoluciones¹³” –feliz y de cara sonriente, Lezama siempre. Es cuando coinciden “los fragmentos y la totalidad”. Entonces, presa del hechizo, pensé que lo único que podía inventar como contraseña era, en su riesgo, un viaje por “el cuadrado mágico de la fundamentación¹⁴”: un paso por el espacio que inventa la traducción, cuando se hace “boda secreta”, según lo dice la poeta rusa Marina Tsvetaeva, si “tomar versos en otra lengua y

6. *Ibid.*

7. LEZAMA LIMA, José, *Fragmento a su imán*, *op. cit.*, pág. 533-534.

8. *Ibid.*, pág. 519.

9. *Ibid.*, pág. 415.

10. LEZAMA LIMA, José, *Paradiso*, *op. cit.*, pág. 401.

11. *Id.*, “La curiosidad barroca”, *Ensayos latinoamericanos*, México, Ed. Diana, 1977, pág. 107-108.

12. *Id.*, “Las imágenes posibles”, *Esféramagen. Sierpe de Don Luis de Góngora. Las imágenes posibles*, *op. cit.*, pág. 53.

13. *Id.*, *Paradiso*, *op. cit.*, pág. 143. *Loc. cit.* en la referencia siguiente.

14. *Id.*, *Oppiano Licario*, ed. César López, Madrid, Cátedra, 1989, pág. 259.

vivirlos, sentirlos en la suya, –no resulta menos que escribir algo suyo. Es una suerte de boda secreta, si –de verdad– se ama¹⁵”.

“Ceñid[a] por un hilo¹⁶ al “libro / secreto”, les propongo pues, cogida asimismo de la mano de María Zambrano, una lectura del último poema de *Fragmentos a su imán* –poema entre sus preferidos, junto con *Muerte de Narciso* y la “Rapsodia para el mulo” de *La fijeza*–, mi escucha, ojalá resonante desde mi lengua francesa. Una rediviva *suma de secretos* (*Enemigo rumor*¹⁷), en la *viviente fatalidad* de una *nuncupatoria de entrecruzados* (*Dador*¹⁸).

Pues quisiera que en el jardín prometido por el *tokonoma*, sonara un eco de la canción de las piedras blancas, en aquella tierra *pre-natal* del poema, de la poesía, que es la Isla entre todas.

15. TSVETAeva, Marina, *Vivre dans le feu. Confessions*, París, Robert Laffont, 2005, pág. 124. (La traducción es mía).

16. =, José, *op. cit.*, pág. 514.

17. *Ibid.*, pág. 84

18. *Ibid.*, pág. 417.

Pavillon du vide

Une vis à la main
je questionne le mur,
pour un son sans couleur,
une couleur revêtue d'un manteau.
Mais je vacille et aveugle
tout à coup, je me sens disparaître.
Je me souviens, soudain,
et j'ouvre de mes ongles
le tokonoma dans le mur.
J'ai besoin d'un petit vide,
je m'y réduis
pour surgir à nouveau,
me palper, remettre mon front à sa place.
Un petit vide dans le mur.

Je suis dans un café
qui multiplie ma lassitude,
l'insistant daikiri
revient comme un visage sans secours
pour mourir, pour le printemps.
Je parcours de mes mains
le revers de ma veste qui me semble tout froid.
Je n'attends personne
et j'insiste, quelqu'un doit arriver.
De mon ongle, soudain,
je trace un petit creux sur la table.
C'est pour moi le tokonoma, le vide,
la compagnie irremplaçable,
la conversation au coin d'une rue d'Alexandrie.
J'entre avec lui dans une ronde
de patineurs sur le Prado.
Il était un enfant qui respirait
toute la rosée tenace du ciel,
emplit du vide déjà, comme un chat
qui entoure notre corps
d'un silence de lumières.

Tout autour de notre corps,
être tout entouré

de cette idée fixe, que notre âme
et son enveloppe sont contenues
dans un petit vide dans le mur
ou dans un papier de soie que gratte l'ongle.

Je me réduis,
je suis un point qui disparaît et qui revient
et je tiens tout entier dans le tokonoma.
Je deviens invisible
et dans l'envers je retrouve mon corps
qui nage sur une plage,
entouré d'écoliers aux étendards de neige,
de mathématiciens et de joueurs de balle
qui décrivent une glace au mamey.
Le vide est plus petit qu'une carte à jouer
et peut être aussi grand que le ciel,
mais on peut le faire juste avec notre ongle
sur le bord d'une tasse à café
ou sur le ciel qui tombe sur notre épaule.

Le commencement s'unit au tokonoma,
un kangourou peut se cacher dans le vide,
sans perdre sa joie bondissante.
L'apparition d'une grotte
est mystérieuse, elle va dévidant son terrible.
S'y cacher c'est trembler.
Les cors des chasseurs résonnent
dans le bois gelé.
Mais le vide est serein,
on peut l'attirer par un fil
et l'inaugurer dans l'insignifiance.
Je griffe le mur de mon ongle,
la chaux tombe peu à peu
comme un morceau de la carapace
de la tortue céleste.
L'aridité dans le vide,
est-ce le premier et le dernier chemin ?
Je m'endors, dans le tokonoma
j'évapore l'autre qui continue à cheminer.

1^{er} avril et 1976

José Lezama Lima, "Pabellón del vacío", *Fragmentos a su imán* (1977)
Traduction de Laurence Breyse-Chanet